



José Mateo, 95 años.

Natalia del Río Montero, 22 años.

El olvido está lleno de memoria

Dicen que el tiempo y el olvido van de la mano, dicen que con los años los recuerdos, buenos y malos, se van desvaneciendo. Sin embargo, José Mateo recuerda cada uno de los momentos que componen su vida como si hubieran pasado recientemente, y son noventa y cinco las primaveras que ha visto llegar.

No sé por qué para mí la sabiduría de los años, de una vida completa compuesta por cada uno de los días que has reído y has llorado, se refleja en la expresión de los ojos y en las manos. Pero me quedo con las manos. Con esas viejas compañeras que comparten con uno tantas experiencias, que han tocado tantas cosas, que han acariciado con distintos matices tantos cuerpos, que, en definitiva, han vivido contigo. Las manos de José, ya cansadas pero vitales, tienen mucho que contar. Desde muy jóvenes tuvieron que abrirse camino lejos del calor de su familia. Lo dejaron todo para irse a Francia, a Brest, donde dedicaron un año de su vida a trabajar como peón en un campo de concentración. Y digo lo dejaron todo, porque a parte de separarse de su familia se separaron de su novia Emilia, sin saber cuándo iban a regresar. Se dijeron adiós, un adiós indefinido, un adiós que podía significar un hasta nunca. Ambos lo sabían pero no tenían alternativa. Así que sus manos entrelazadas se apretaron por última vez y cada una tiró por su camino y el amor se convirtió en silencio y en excusa.

Un año en Francia. Ajeno a todo cuanto estaba pasando en su país, trabajando duramente como peón, vigilado las veinticuatro horas del día, compartiendo con otros tantos, barracas rodeadas de alambradas. Y así día tras día, transportando sacos de cemento de un lado para otro, sin a penas tiempo para comer, pero con todo el tiempo del mundo para acordarse de todo lo que dejó, de todo lo que se estaría perdiendo. Todo el tiempo del mundo para soñar con otra vida, para añorar lo que nunca sucedió.

Dos años en Alemania. Recibiendo mejor trato por ser español, pero con la misma soledad. Entre tanta rutina los días que recibía carta eran los más bonitos. No eran habituales, porque no quiso que Emilia le estuviera esperando eternamente y prefirió mantener distancias entre carta y carta. No eran habituales, pero eran preciosas, cargadas de esperanza y melancolía. Era el mejor momento del día para esas manos encalladas, el instante en que abrían ese sobre, retiraban la carta de su interior y la desplegaban nerviosamente, como si de pronto hubieran olvidado el mecanismo, como si sus dedos estuvieran comenzando a aprender a articularse, como si de un niño se tratara.

Fueron después unos días en Estrasburgo y medio mes en París. Observando distintos escenarios que le hubiera gustado compartir pero sin la obligación de tener que vivirlos solo, sin la ausencia de otros ojos que pudieran ver lo mismo que los suyos, sin otras manos que le recobrarán el aliento. La rutina seguía igual que seguía el trabajo, sin descanso, sin un momento para soñar.

Los treinta y cinco años siguientes los vivió en un pueblo cercano a Toulouse, trabajando en una fábrica de cables para automóviles. No quería volver a España hasta que Franco desapareciera. Entre tanto, seguía recibiendo cartas con relativa frecuencia de sus familiares, de Emilia, que le recordaban a ese país lejano que un día



abandonó porque tenía la obligación de dejar los estudios y comenzar a ganarse el pan por su cuenta, en tierras para él desconocidas. José, que aspiraba a ser un gran médico, vio frustrada su vocación porque no le quedaba más remedio. Allí no vivió mal, tenía una vida, en ese momento podía decir que todo su trabajo había dado su fruto, pero le seguía faltando lo más importante, Emilia.

Y llegó el momento de regresar, cuarenta años después. Llegó el momento de reencontrarse con los suyos, de volver a sentir ese calor que tanto tiempo había echado en falta, de volver a pisar España, ahora tan cambiada después de la muerte de Franco. Tantas veces había soñado con el reencuentro que todo lo que le estaba pasando parecía haberlo vivido antes. Sus hermanos, sus padres, todo estaba tal como lo dejó, con la diferencia de que los años no pasan en balde.

Fue fácil dar con Emilia, no había cambiado de residencia. La mujer de su vida seguía viviendo en el mismo lugar. Respiró profundamente antes de llamar a su puerta, notaba cómo le temblaba todo el cuerpo, sus manos seguras se habían vuelto torpes e inexpertas, en un instante experimentó ganas de reír y de llorar y el corazón le palpitaba a una velocidad desorbitada. De repente ella abrió la puerta y todas esas sensaciones desaparecieron al instante. Fue como si hubieran estado siempre juntos, como si el tiempo se hubiera parado aquella tarde que se despidieron hace cuarenta años y en ese mismo instante se volviera a reanudar. Sus manos, aquellas viejas compañeras, rápidamente se entrelazaron, como si de un imán se tratara y decidieron no volver a estar separados nunca más.

Durante todo el tiempo que estuvieron separados ninguno de los dos tuvieron otras parejas, ninguno besó otros labios o acarició otros cuerpos. Nada de eso pasó porque ambos sabían que no querían volver a hacerlo con otras personas, que sus cuerpos estaban hechos para ellos mismos y para nadie más, que después de haber experimentado la sensación de amarse, nadie podría superarlo. Así que cuatro meses después del reencuentro decidieron casarse, no iban a permitir que nada ni nadie les volviera a separar.

José la seguía queriendo como el primer día, ella se convirtió en su compañía, en la que tanto había estado deseando durante sus años en el exilio, pero en su compañía diaria, porque ahora no pasaría ni un instante alejado de ella. Y después de treinta años de felicidad ininterrumpida, decidieron trasladarse ambos, juntos, siempre juntos, a una residencia. Emilia estaba enferma del corazón y un mes después falleció. Y con ella se llevó parte de José, si no todo prácticamente. Él sigue viviendo allí, en el lugar donde su mujer se separó de él. Se dijeron adiós en enero de este año, este adiós más amargo y doloroso que el anterior porque era definitivo, porque por lo menos en este mundo no volverían a estar juntos, y las tornas se cambiaron. Ahora es José el que se ha quedado en el mismo sitio, el que espera pacientemente a que haya un cambio de planes.

Cuando habla de ella recuerda a una mujer habladora pero seria, con mucho carácter. Emilia no era muy alegre, pero era la razón de su vida. Le encantaba su forma de ser, su seriedad mezclada con su carácter extrovertido. En definitiva, le encantaba su compañía. Así es que no es de extrañar que la siga echando en falta, porque ella era su compañera, su confidente, su amiga, su amante. Ya nada es igual, desde que ella no está todo ha cambiado, los días de José se han convertido en rutinarios pero carentes de fuerza. La quiso e indudablemente la sigue queriendo y siempre lo hará, porque indiscutiblemente esa mujer nació para él.



Y ahora esas manos de las que tanto he hablado, esas manos luchadoras y fuertes, esas mismas, son las que llevan a Emilia más cerca, sólo siete dedos les separan, y si no, fijense en ellas, en sus alianzas, y fijense también en todo lo que transmiten. Ahora, Emilia se ha apropiado de una de ellas, porque en el fondo siempre lo ha sido, ella era sus manos.

Lo importante de la vida

Cuando le preguntas a José que qué haría si volviera nacer, responde que viviría más cerca de los suyos, que no permanecería tanto tiempo ausente, perdiéndose tantas cosas de aquéllos que siempre guardará en su corazón. Pero sobre todo, contesta que viviría sin tener que hacerlo todo por obligación, sino porque él quisiera. Porque esta vida no le ha dejado tiempo ni siquiera para arrepentirse de nada, parecía estar escrita antes de que él naciera, como si alguien hubiera decidido por él siempre. Hizo las cosas porque no le quedaba más remedio, se alejó de sus seres queridos porque tenía que hacerlo y así ha pasado con cada uno de los momentos que han compuesto su vida. José no supo lo que era elegir hasta que volvió a España y se reencontró con su viejo y nuevo amor, Emilia.

Hoy en día, afirma tristemente que su vida no vale la pena porque no tiene nada en que pensar, que es feliz porque así han de ser las cosas. Sus días transcurren lentamente desde que se despierta, siempre de la misma forma. Con Emilia todo era diferente.

La última vez que nos vimos fue un encuentro muy emocionante para ambos, me deseó que acabara bien la carrera pero añadió una frase que no me dejó indiferente: "espero que tengas una vida preciosa, mejor que la mía". La tristeza que desencadenó en su rostro pronunciar esa frase, hizo que se me saltaran las lágrimas, y sinceramente, creo que pocas personas pueden contar tanto de una vida, y que es de agradecer que a día de hoy haya podido toparme con una. José Mateo, un hombre con muchos años, con muchas experiencias, que amó una vez y para toda la vida, es un gran ejemplo para muchos que dudan de la grandeza de los sentimientos.